

Hojitas de Fe

Permaneced en Mí

176

9. Vida espiritual

Meditando con San Agustín Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia

Si eres verdadero discípulo de Cristo, disponte para sufrir tribulaciones en este mundo, y no te prometas una vida feliz y tranquila.

Dice el Evangelio que al fin del mundo habrá muchos males, muchos escáculos, muchas penalidades y muchas injusticias; pero añade que *el que perseverare hasta el fin se salvará* (Mt. 24 13).

1º Cristo nos anunció tribulaciones en esta vida.

No puedes esperar lo que Cristo no te promete.

Cosa puesta en razón es que escuches lo que te dice Cristo, que no se engaña ni ha engañado jamás a nadie. Pues bien: Cristo te ha prometido la felicidad, no en este mundo, sino en El. Cuando hayan pasado todas estas cosas reinarás con El por toda la eternidad. No aspires, pues, a reinar en este mundo, no sea que ni en la tierra ni en la eternidad encuentres la felicidad.

Cuando comiences a seguir a Cristo, imitando sus virtudes y practicando sus preceptos, tendrás muchos contradictores, muchos que se te opondrán y te di- suadirán de tal propósito, y esto hasta entre los mismos que sirven a Cristo.

Pues bien: si quieres seguir a Cristo, considera como tu cruz las amenazas, los halagos y todo género de prohibiciones; súfrelas, toléralas y no sucumbas. Toma tu cruz; sufre con paciencia los trabajos, y así seguirás a Cristo. Si te odia el mundo, recuerda que primero odió a Cristo (Jn. 15 18).

2º Lo que importa no es la tribulación sufrida, sino la causa por la que se sufre.

Muchos son los que sufren tribulaciones. Pero si es idéntica la pena, no lo es la causa. Muchos y grandes males sufren los malhechores, los ladrones, los homicidas, los malvados de toda clase; muchos son también los que padecen los mártires; pero lo que hace al mártir no es la pena, sino la causa.

Por tanto, cualquiera que seas tú, que vives en este mundo, trata de que tu causa sea buena; así, aunque tengas que sufrir en este mundo, saldrás de él acompañado de la bondad de tu causa. Atiende a la bondad de la causa y no te inquiete la pena.

No te hagan mella los suplicios y penas de los malhechores, sacrilegos y enemigos de la paz y de la verdad. Estos no mueren por la verdad, sino que mueren porque quieren impedir que la verdad sea anunciada, que la verdad sea predicada, que la verdad sea abrazada, que la unidad sea amada, que la caridad sea apreciada y que la eternidad sea alcanzada. ¡Oh, qué pésima causa! Así que sus sufrimientos nada valen.

Tú, que de tus padecimientos haces gala, ¿no ves que había tres cruces sobre la montaña cuando padeció el Señor? Murió Cristo entre dos ladrones; la diferencia entre el uno y los otros estaba no en los padecimientos, sino en la respectiva causa.

Dice el Salmista: **Defiende mi causa**. ¿Dijo por ventura: «Defiende mi pena»? No; pues se le hubiera respondido: «También el ladrón sufrió la pena». ¿Dice acaso: «Defiende mi cruz»? También allí fue colgado el adúltero. ¿Dijo quizás: «Defiende mis cadenas»? ¿No las llevaron muchos bandoleros? No dijo tampoco: «Defiende mis llagas». Porque muchos criminales a hierro murieron. Así, pues, viendo el Salmista que los sufrimientos eran comunes a buenos y malos, alzó la voz y dijo: **Defiende mi causa de la gente no santa** (Sal. 42 1); que si defiendes mi causa, coronarás mi paciencia.

Son verdaderamente mártires aquellos de quienes el Señor dice: *Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia*. No se comprenden, por tanto, los perseguidos justamente por sus iniquidades, sino los perseguidos inicuamente por causa de la justicia; éstos son los verdaderos mártires.

Si no fuera la causa, y sí la pena, lo que hace al mártir, habría dicho más exactamente: *Bienaventurados los que son perseguidos*, sin necesidad de añadir: *por la justicia*. Si sólo miráramos los sufrimientos, también los ladrones serían coronados. Si toda la gloria estuviese en los sufrimientos, el mismo diablo se podría gloriar.

Elige bien primero la causa y sufre luego tranquilo la pena; que si sufres la pena por la buena causa, después de la pena recibirás la corona.

El justo no teme el juicio, porque nada en él encontrará el fuego que purificar. Donde no hay más que oro puro, ¿qué temor puede haber al fuego?

3º Necesidad de ser paciente ante las tribulaciones.

Ten paciencia, sé perseverante, soporta los trabajos, sufre la tardanza en ser premiado, y con ello habrás llevado tu cruz.

¿Por qué temes? Camina sobre los pasos del Señor Dios tuyo, y ten por seguro que no padecerás cosa alguna que no sea su voluntad. No busques a Cristo en otra parte sino allí donde te ha sido predicado. Entiéndelo así y grábalo en tu corazón. Su doctrina es un muro de defensa contra todos los asaltos y contra todas las asechanzas del enemigo.

No tengas miedo, porque el diablo no tienta si no le es permitido; es cosa demostrada que él no puede hacer más que lo que le ha sido permitido o para lo que ha sido enviado. Se le encomiendan misiones como ángel malo; obtiene permisos cuando los pide; pero esto sólo es para probar a los buenos y castigar a los malos.

Sigue, pues, a Cristo a través de las tribulaciones, de las ignominias, de las falsas acusaciones, de la cruz y de la muerte.

Es inevitable para ti sufrir ignominias y recibir desprecios de aquellos que no viven piadosamente y esperan solamente la felicidad terrena. También por medio de éstos te prueba Dios, y mediante sus persecuciones te instruye; pues la perversidad del malvado es un látigo para el bueno, como por mano del siervo se azota al hijo para corregirle.

En todo esto el Señor procede como sueles hacer también tú. Ocurre que muchas veces, impulsado de la ira, tomas una vara, o quizás un sarmiento que encuentras a mano, y con ella castigas a tu hijo para corregirle, y después tiras la vara al fuego y reservas la herencia para tu hijo.

Así también Dios, por medio de los malvados, enseña a los buenos, y con el poder temporal que concede a los que después condenará, tiene a raya y prueba a los que debe premiar y salvar.

Dios ahora se sirve de los pecadores para probarte, como se valió del diablo para probar a Job y de Judas para entregar a Cristo. Por tanto, enfurézcase contra ti el impío para que sea probada tu virtud; pasado el tiempo de tu prueba, cuando ya no tengas motivo de ser probado, tampoco habrá pecadores para probarte.

¿Tendrá acaso el malvado motivo para vanagloriarse, porque tu Padre se sirve de él como de un látigo? Se vale de él como de un instrumento para enseñarte tus deberes, o sea, para llegues a conseguir la posesión de la herencia paternal.

El Señor ha hecho del pecador como un látigo, al que ha dado honor y autoridad. Lo hace así por tiempo limitado, y da poder al pecador para que sufran perturbaciones las cosas humanas y se perfeccionen los buenos. Pero dará al pecador lo que le corresponde; entre tanto, por él se ha conseguido que aprovechen los justos y se condenen los impíos.

No te preocunes de lo que Dios permite a los malos; piensa solamente en lo mucho que reserva a los buenos.

Una cosa es la paja y otra el trigo; sobre una y otro pasa el trillo, y con unos mismos golpes la paja se quiebra y el grano se limpia.

Afectos y súplicas.

¿Quién es, Señor, el que se acuerda fácilmente de ti cuando la felicidad le sonríe y encuentra satisfechas todas sus expectativas presentes?

La causa por la que has permitido que llegase para mí el día de la tribulación, hela aquí: es probable que, si no hubiera sido herido de la adversidad, no te hu-

biera invocado; mas ahora que siento el aprieto, te invoco; y porque te invoco me libras de mis penas, y porque me veo libre de ellas, te glorificaré y me uniré a ti de modo que jamás me aleje de ti.

De la malicia de los injustos te has servido para atribularme, y bajo el peso de la tribulación me he vuelto a ti, buscando el refugio, que, adormecido por la felicidad temporal, no buscaba ya.

Lejos de mí los cálculos mundanos; reine en mí la esperanza en ti, de modo que pueda decir: *Tú, Dios mío, eres mi refugio* (Sal. 90 2).

Estoy convencido que por medio de los malvados me pruebas y afliges, haciéndolo así para enseñarme a merecer la herencia eterna. Por medio de los hombres perversos me procuras la ventaja de ejercitar y de perfeccionar mi amor, que tú quieras que extienda hasta mis enemigos.

No; no será perfecta mi caridad hasta tanto no procure el bien y se lo proporcione al que me haya hecho mal, y hasta que no ruegue por el que me persigue. De este modo será vencido el mismo demonio, y yo alcanzaré la corona de la victoria.

Este es el bien que me procuras por medio de los hombres malvados; pero no recibirán el pago de sus acciones según el bien que a mí me causan, sino según lo que merece su malicia.

¡Cuán inmensos no son los beneficios que nos has procurado por medio de la traición de Judas! Su traición fue causa de tu Pasión, por la cual fueron redimidos y salvados todos los pueblos; mas no por eso recibió el traidor recompensa alguna, sino que le fue aplicado el suplicio debido a su malicia. Porque no te entregó a tus enemigos por nosotros, sino que fue la codicia del dinero lo que le indujo a venderte, si bien tu entrega a los enemigos ha sido nuestra recuperación y tu venta ha sido causa de nuestro rescate.

Lo mismo los perseguidores de tus fieles; al perseguirlos en la tierra, les abrían las puertas del cielo; de modo que mientras intencionalmente les inferían daños en la vida presente, sin saberlo les procuraban una ganancia cierta para la vida futura. Por tanto, retribuirás a los malvados no según los bienes de que son ocasión para mí, sino según la malicia por la que aborrecieron sus propias almas; ni tampoco los honrarás según el beneficio que por ellos me proporcionas, sacando, como tú sabes hacerlo, de los males bienes, sino que los destruirás conforme lo merece su malicia. Darás a los limpios lo que han merecido sus obras, mientras que a los malvados, en pago de su malicia, los destruirás.

Como la bondad de los justos es perjudicial para los malos, así también para mí puede ser de provecho la iniquidad de los malvados.

Mis armas de defensa son, a mi izquierda, la malicia de los injustos, y a mi diestra, tu gloria, la buena reputación, la verdad y la virtud.